

cama, sus muebles indispensables, un techo para cobijarse.

¡Pero dentro de algunos días!

Y no era en ella en quien más pensaba.

Era en su amiga, que estaba enferma y tendría que ir á un hospital.

Esta idea la hacía temblar.

Pensaba con amargura en la casa tan triste, sin embargo, de la Sauvetiere y en su hermosa habitación de Aubignac, desde donde se descubría tan hermoso horizonte, parterres floridos y la majestuosa silueta del viejo castillo, cerca del que había vivido tanto tiempo.

Acabó sus preparativos, hizo sus cuentas, apiló los periódicos en el fondo del kiosko, puso las correderas, cerró con llave y se la echó al bolsillo.

Iba á emprender la marcha cuando un ordenanza de telégrafos se presentó y la dijo:

—¿La señorita Milton?

—Soy yo.

—Un despacho para vos.

—¡Gracias!

Abrió el telegrama con mano febril y leyó lo siguiente:

«Me despido de Niza. Mañana estaré en París, que hubiera querido no abandonar. Vos sabéis por qué. Hasta muy pronto.»

No tenía firma.

¿Pero podía ella engañarse?

El amigo que pensaba en ella era aquel en quien ella pensaba; el hombre que se había apoderado de su alma, el marqués Raimundo de Caylus, su ideal y su sueño.

II

En la oscuridad.

El barón, al separarse de Aurora, no dudaba ya del éxito de su plan.

Sabía que la pobre joven no estaba en estado de poder resistir la tentación que la salía al encuentro en el momento en que luchaba con la miseria.

Engañada por la falsa bondad del barón, por sus discretas protestas de interés, por su aparente generosidad, Elena le había hecho un lamentable cuadro de su situación.

El se había adquirido en un momento de conversación un aliado en la plaza.

Al afirmar á la señorita de Solmes que estaba resuelto á todo para asegurar la dicha de su amiga, llegando hasta el matrimonio, la había conquistado.

Además, la manera con que la misma Aurora le acogió, no podía menos de convencerle que tocaba á su fin.

No tenía, pues, ante él más que un obstáculo, Bernardo Chavarux.

La imprudente insolencia con que el pasante le habia impuesto sus condiciones, le tenían enfurecido.

Tenía los treinta mil francos que antes de las cuarenta y ocho horas debía entregar al hijo de Claudia.

Pero, decididamente, era demasiada exigencia.

¡Treinta mil francos!

Los tenía, gracias á la suerte loca que habia

tenido en el juego la noche en que fué al círculo con Caylus; pero si se deshacía de ellos, apenas le quedaba para pagar á los criados.

Aquellos treinta mil francos eran su reserva, su tesoro de guerra.

Chavarux ignoraba el peligro que se corre al abordar á un jabalí que va huido.

¡Tenía mucha prisa por ser rico!

¡Pues bien! aquellos treinta mil francos, se los darian, pero en una moneda que el no pensaba.

Horrorizado en un principio por la perspectiva de aquellos actos en los que apenas había pensado hasta entonces, el aventurero se familiarizaba poco á poco con su idea y la encontraba muy natural.

Además, le parecía que sus medidas estaban tomadas de una manera tal que no tenía nada que temer.

Estaba perfectamente tranquilo.

Cuando á cosa de las siete entró en casa de su querida, no se hubiera sorprendido sobre su rostro tan frio y al mismo tiempo tan enérgico, una sombra de inquietud.

La encontró sola en casa.

Ella fué quien salió á abrirle.

—¿Dónde están tus criadas?—la preguntó.

—Les he dado billetes para el Ambigú.

—¡Ah!

—Comprenderás que es mejor que no estén aquí...

—¿Por qué?

—No se sabe lo que puede ocurrir... Puedo tener necesidad de venir.

—Iba yo á decírtelo.

—No estarás de vuelta hasta media noche y de aquí á entonces...

Olimpia llevó al barón á la habitación donde ella estaba en el momento en que él había llamado.

Era muy lujosa y dispuesta á la inglesa, era á la vez sala de baño y tocador.

—¿Vas á salir?—preguntó el barón.

—En seguida.

—¿Está dispuesto el hombre?

—Sí.

—¿Estás citada con él?

—A las ocho y media.

—¿Dónde?

—En el pórtico de la Opera.

Ella no decía toda la verdad.

El barón no insistió.

No hizo más que preguntar:

—¿Estás segura de él?

—Respondo con mi cabeza.

—Bueno.

El barón añadió algunas palabras en voz baja.

Ella contestó con viveza:

—Sí, sí, estate tranquilo.

Saint-Aubin se dispuso á salir.

—Es preciso no hacer esperar á ese Bernardo Chavarux—dijo con sonrisa sarcástica y cruel.

—Tienes razón.

—Hasta muy pronto, pues.

—Hasta luego.

Se puso el sombrero cogió el baston y se dirigió hacia la puerta.

Pero en aquel momento Olimpia corrió hacia él, le puso la mano sobre los hombros y le preguntó:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"AL FONDO" 15-183
Lado. 1625 MONTERREY, COAHUILA

- ¿De modo que es indispensable?
 —Sí.
 —Sin embargo, eso es jugar muy fuerte.
 —Es preciso.
 —¿Por qué?
 —Ya te lo he dicho.
 —Repítelo.
 —Ese hombre conoce mi secreto.
 —¿Es posible?
 —Es cierto.
 —¿Como lo ha sabido?
 —¡Ah! hé ahí lo que se ha negado á decirme. Pero él tiene mi libertad en su mano. El deseo de ser rico le tiene loco. Me impone condiciones imposibles. Quiere una suma que yo no puedo darle. Le he prometido para mañana, último plazo... ¿Comprendes?
 —Sí.
 —Si mañana no le pago denuncia á Savil, á Court, á mí, en fin, á todos y estamos perdidos... Esta noche voy á verle, á entregarle diez mil francos, una miseria en comparación de lo que exige. Vosotros se los cogereis. Ese es el precio de nuestra seguridad.
 —Está bien... Vete... Cuenta conmigo—exclamó Olimpia.
 El barón salió.
 Olimpia esperó á que su amante saliera de la casa, y cuando estuvo en la calle procedió á su *toilette*.
 Cuando había dicho á su amante que la citada á Tony era para el pórtico de la Opera; le había engañado porque donde lo esperaba era en casa.
 Se apresuró á vestirse.
 Se puso el traje que llevaba la víspera cuan-

- do estuvo en «El cántaro roto,» toda de negro, y que la daba aires de heroína de drama.
 Colocó en su hermosa cabeza un sombrero, también negro, y echando sobre sus hombros un abrigo del mismo color, se sentó dispuesta á esperar á su antiguo amante.
 Poco después sonó el timbre del vestíbulo.
 Era él.
 Olimpia salió á abrirle.
 —Así me gusta, eres exacto, eres puntual.
 Le condujo al gabinetito donde acababa de vestirse.
 El avanzaba casi temblando.
 Ante aquella joven á quien había amado siempre, parecía agitado por un estremecimiento febril.
 Ella le examinó de pies á cabeza.
 A la luz de las bujías nadie hubiera reconocido al hombre que los mozos de «El cántaro roto» habían llevado al gabinete donde la bella Olimpia había tenido con él la entrevista.
 Estaba metamorfoseado. Vestido de nuevo, con sombrero de copa, un terno de paño inglés, botas de charol, camisa como los ampos de la nieve, se le hubiera tomado por un verdadero *gentleman*.
 Olimpia le pasó una verdadera revista.
 —Perfectamente—dijo ella por fin.
 Entonces pudo Tony desechar la emoción que se había apoderado de él.
 —¿Te parece?
 —Te felicito.
 —¿Por comer contigo?
 —¡Adulador!...
 —¿De modo que he empleado bien tu dinero?

—Muy bien. ¿No te se ha olvidado nada?

—Estate tranquila.

—Marchemos.

—Pero no me has dicho...

—Tú no tendrás más que ejecutar... Yo no me separaré de tí... Yo seré quien mande... Tú obedecerás.

—Bueno.

Tony la devoraba con los ojos.

Ella le condujo á la puerta.

En el umbral, Tony la paró, y cogiéndola del brazo la dijo:

—Escucha: yo he hecho una promesa, y cumpliré mi palabra... ¿Pero cumplirás tú la tuya?

—Sí.

—Júralo.

—Juro que recibirás tu dinero.

—¡Diez mil francos!—exclamó él con desdén.

—¿Qué, no es nada?

—Eso será para evitar que tu sucesora muera en un hospital... Pero el resto...

—¿Te he engañado alguna vez?

—No—dijo con aire sombrío.

—Cuando me abandonaste me lo dijiste; pero no por eso sufrí menos.

—Tú ya sabes que yo no tengo más que una palabra.

Tony no resistió más.

Bajaron, y cuando estuvieron en la calle, Olimpia llamó á un cochero y le dijo:

—Al muelle de la Tournelle.

—¿A la Torre de Plata?

—Sí.

—¡Buena carrera, señorita!

—Bueno, te pagaré doble... ¡Vamos, que tengo prisa!

El coche salió al trote largo, conduciendo á Tony y Olimpia.

Cuando entraron en la sala baja del restaurant, estaba medio vacía.

En el exterior la noche estaba muy oscura.

Algunas luces se alineaban, como centinelas, en el puente de la Tournelle, que se extiende sobre los dos brazos del Sena, cuyas aguas reflejan un poco más allá la grandiosa silueta de esa obra maestra de los siglos pasados, Nuestra Señora, y también la de la triste y horrorosa casa llamada la Moigue.

El sitio, para una noche de tempestad ó de invierno, es verdaderamente siniestro. Después de las ocho de la noche está casi desierto.

No transitan coches, y circula muy poca gente á pie.

Olimpia se quitó el abrigo.

Un camarero se acercó á ella.

La joven pidió una comida muy sencilla, pero sin olvidarse de prevenirle que el vino fuera excelente, y que á los postres les llevara una botella de Champagne.

—Servidnos pronto—dijo,—porque disponemos de poco tiempo.

Con una seña que no podía ser comprendida más que por ella, un cliente que estaba sentado con un compañero al otro extremo de la sala, la prevenía que se diera prisa.

Era el baron.

Tony dijo á Olimpia.

—Me has dicho que estaría aquí el hombre,

—Aquí está.

—Enséñamelo.

Olimpia indicó la mesa del baron.

—Son dos—dijo Tony.—¿Cuál?

—El más moreno...

—¿El menos elegante?

—Sí.

—Preferiría que fuese el otro — declaró Tony.

—Pues bien, no lo es — exclamó Olimpia con indiferencia. — Ten cuidado; fíjate en él para reconocerle. Sobre todo, no te equivoques.

Tony guardó silencio.

Pensaba:

—El otro es el amante... A ese es al que yo quisiera echar al rio con seis pulgadas de acero en el vientre.

Sirvieron la comida.

En la mesa del baron, Bernardo Chavarux estaba de buen humor.

Poco á poco había contado sus esperanzas á su compañero.

No sabía si el baron conseguiría su deseo; pero él se creía cada vez más seguro de conseguir el suyo.

Si el asunto fracasaba con Saint-Aubin, le quedaba otra cuerda que tocar, la señorita de Arvil.

Había pesado todo.

Y por esa parte irían mejor las cosas; sin embargo, no tenía intención de volverse atrás.

Lo que se había convenido, convenido estaba.

Le había concedido un mes.

Esto era mucho, pero esperaba al fin, ni un día más: además los treinta mil francos que exigía como adelanto, valían bien la pena de esta concesión. ¡Pasado el plazo, quedaría libre!

Apenas llegados al restaurant, preguntó á su anfitrión familiarmente.

¿Vivía Aurora Milton en el barrio? ¿Qué hacia? ¿Tendría una colocación probablemente? ¿No sería rica, sin duda?

Saint-Aubin contestaba con la mayor complacencia.

Cuando Olimpia y su compañero entraron en el restaurant, dijo á Chavarux:

—¡Ah, olvidaba un recuerdo que traigo para vos!...

Sacó del bolsillo una carterita de piel de Rusia, sin iniciales, y tendiéndosela al pasante:

—Me habéis pedido un anticipo — le dijo; — mañana os lo daré, como hemos convenido; pero entre tanto, aquí tenéis unos cuantos billetes de mil francos. Un joven de vuestra edad los necesita siempre.

Ciertamente la atención era delicada.

Chavarux no fué insensible á ella.

Olfateó la carterita, diciendo:

—¡Esto huele bien!

Y contó con el dedo los diez billetes.

—¡Diez mil! — dijo. — Esto es encantador. No faltan más que veinte.

Sacó del bolsillo otra cartera más grande, en la que metió la otra con los billetes que contenía.

—Estos son los papeles del asunto... No se separan de mi...

Un relámpago pasó por los ojos del barón.

Aquello era más que lo que él esperaba.

Cambió una segunda mirada con su querida, pero fugitiva, rápida.

Olimpia había comprendido.

Chavarux guardó la cartera en el bolsillo.

El barón le sirvió el vino.

Estaban en el asado.

Era un filete de cordero acompañado de una salsa exquisita.

La cocina de la Torre de Plata gozaba de una reputación excelente; su bodega pasaba por una de las mejores de París.

Chavarux era fuerte para las bebidas.

No perdía la cabeza.

Los vinos generosos no le daban más que un poco más de franqueza.

—¿Os creéis seguro del triunfo?—preguntó al barón.

—¡Ya lo creo!

—¿Suponéis que conseguiréis que la pequeña se case con vos?

—¿Por qué no?

—¡Tiene una cabeza que no conocéis! Desconfiada como ella sola, voluntariosa, obstinada.

No vaciló en declarar:

—¡Será preciso que seáis muy diestro, ó que tengáis muy buena suerte!

—¿Creéis?

—Hablares de eso después; pero, entre nosotros, yo creo que quien hace el negocio soy yo.

Dió dos golpecitos sobre la cartera de los diez mil francos, añadiendo con tono misterioso:

—¡Y además habrá tal vez un obstáculo con que no contáis!

—¿Qué queréis decir?

—Nada. Ya hablaremos de eso.

Saint-Aubin, impaciente, le dijo:

—¿Vos sabéis algo?

—¡Yo! Nada.

—¿Pues entónces?...

—Es una idea.

Chavarux quería hablar de los Caylus.

Se le había metido en la cabeza que el cojito estaba enamorado de Aurora, y el marqués también, tal vez.

Pero no se le escapó una palabra sobre esto.

Se contentó con decir:

—Yo quisiera que consiguierais vuestro propósito... Está en mi interés... pero la joven no tiene la cabeza que pensáis... Os dará que hacer... Hablares de eso.

Y así charlando, bebía y comía por cuatro.

Pero para embriagarle se hubiera necesitado la copa de Grombinus.

Además el barón no quería más que aturdirle.

A las diez estaba poco más ó menos como el barón deseaba.

Saint-Aubin lanzaba miradas de cuando en cuando hacia el puente, que se veía casi todo desde la ventana, cerca de la que estaba.

El puente estaba completamente desierto.

Dos agentes de vigilancia se paseaban indolentemente por el muelle, yendo á tres ó cuatrocientos metros de allí hacia Nuestra Señora.

Su paseo duraba unos diez minutos ó un cuarto de hora.

Una niebla espesa envolvía todo y era imposible distinguir á quince ó veinte pasos.

Con una mirada dió el barón orden á su querida de desaparecer.

Olimpia pagó el consumo que Tony y ella habían hecho.

Cuando seguida por su compañero pasó á poca distancia del barón y de Bernardo Cha-

varux, el pasante no pudo menos de decir:

—¡Caramba! ¡Qué mujer tan hermosa!

El barón sonrió.

—¿Os gusta?—preguntó.

—Sí, ¿y á vos?

—También, solo que me parece ya un poco madura.

—Comprendo. Os gustan más las pollitas como Aurora—exclamó Chavarux con rabia y envidia.—¡No tenéis mal gusto!

—Pronto la veréis. ¡Está muy cambiada!

Saint-Aubin concluyó tranquilamente su cigarro sin dejar de examinar el puente.

Sin duda le pareció tal como él lo quería, porque se levantó, echó en un plato tres luses y dijo al mozo:

—¡Guardad el resto!

—¿Necesitan un coche los señores?

—No.

Se pusieron los abrigos y salieron.

En el restaurant no quedaba parroquiano alguno.

Ya en el muelle preguntó Bernardo al barón:

—¿Vive léjos?

—No. ¿Por qué?

—Porque mis piernas...

—Cogeos de mi brazo. Vamos al otro lado del puente, cerca de la alcaldía. Allí es donde vive.

—¿En qué se ocupa?

—Lo vereis. En un triste oficio.

—¿Pero cual es?

—Vendedora de periódicos. Va á cerrar dentro de un momento.

—¡Es raro!—dijo Bernardo.—Yo no hubie-

ra creído eso en ella... Es demasiado buena... ¡Ella que era tan altiva!

—¡Se hace lo que se puede!

—Teneis razón... Entonces no será difícil para decidirse...

—¿No es verdad?

Bernardo guardó silencio.

Este descubrimiento destruía todas sus ideas.

Pero entonces, ¡los Caylus no la protegían! ¡No la habían ayudado, sostenido!... ¡De otro modo no se vería obligada á vivir de un empleo tan mal pagado! ¡No era, pues, la querida de ninguno de los dos hermanos!

Los vapores del vino y el humo del excelente cigarro que iba fumando se le subían á la cabeza y embrollaban sus razonamientos.

Comprendía confusamente que Aurora era una joven honrada, porque, con toda seguridad, ¡si ella hubiera querido!...

Y entonces balbuceó, como si hablase consigo mismo, estas palabras que debían acudir más tarde á la mente del barón:

—¿Pero los Caylus? ¡Es raro!

Aquí llegaban en sus reflexiones cuando delante de ellos, á pocos pasos, percibió un hombre y una mujer, dos sombras que marchaban lentamente por la acera.

—¡Toma!—pensó.—¡Laseñora del restaurant y su amigo! ¡Un mortal feliz!

Los otros les dejaron pasar.

El Sena corría á treinta pies por debajo, oscuro y ondulado.

No había una luz en los barquichuelos.

En el puente nadie.

Olimpia tocó á su compañero en la mano, y dijo, señalando á Chavarux con el dedo:

—¡Hiere!

Tony repitió sordamente:
Preferiría á su compañero.

—¡Te lo prohibo!

—¡Sin embargo, la ocasión es buena!

—¡Tony!

—¿Tú lo quieres?

—Sí.

—¡Sea!

Dió un paso hacia adelante.
Levantó el brazo.

Este estaba armado de un cuchillo de hoja estrecha y larga, cortante como una navaja de afeitar.

Hirió.

El arma entró hasta el puño en la espalda del pasante.

El asesino no la sacó.

El barón tapó la boca al desgraciado herido con un pañuelo, para ahogar un grito.

No se oyó nada.

La muerte fué instantánea.

Tony metió la mano en el bolsillo de su víctima, se apoderó de la cartera, y se la dió á Olimpia.

Después, empujando el cuerpo hacia la baranda, lo levantó por encima de ésta y lo echó al río.

Todo había pasado en pocos segundos.

Este pequeño drama no tuvo testigos.

Solo un coche venia tranquilamente de la estación de Orleans por el muelle de la Tour-nelle, y los dos agentes continuaban su paseo hacia Nuestra Señora, mirando el agua que corría y el gas que ardía tristemente en la niebla.

III

El otro.

Aurora pasó la noche en un sueño. Después de las emociones y de las fatigas del día, se había dormido como un plomo.

Un golpe dado en la puerta la despertó sobresaltada.

Se levantó y abrió.

Era la señora Simonet que llegaba.

Acababa de apearse del tren.

—No me esperabáis tan pronto—dijo.

Debía haber estado más tiempo en su país. Pero dió algunas explicaciones.

Ya no tenía parientes en él: había tenido que ir á una posada.

—Ciertamente que no es como en Paris, pero cuando no se es rico, no se pueden hacer gastos aunque no sean considerables.

Volvió á encargarse de su negocio.

No sería hasta el día siguiente porque aquel lo dedicaría á arreglar sus asuntos y hacer ciertos encargos que no quería que le robaran el tiempo después.

Necesitaba ganar dinero.

La enfermedad de su pobre hija la había costado un ojo de la cara; los medicamentos, los médicos, el tiempo perdido, y en fin, aquel viaje y la cruz que había tenido que poner en la tumba y el terreno comprado á perpetuidad.

—¡Sí, á perpetuidad, querida!...

Porque no quería que moviesen jamás á su pobre hija. No hubiera estado tranquila de